

Redefinición de la categoría de *populismo* en el escenario latinoamericano actual. Movimientos y bisagras en la trayectoria de Ernesto Laclau¹

Redefinition of the Category of Populism in the Latin American Scene Today. Movements and Hinges on the Trajectory of Ernesto Laclau

Resumen

El presente artículo es resultado de las investigaciones “Imagen: Comunidad de sentido” (directora: Felisa Santos) y “Discurso, Política, Sujeto: encuentros entre el marxismo, el psicoanálisis y las teorías de la significación” (director: Sergio Caletti) del UBACyT de la Universidad de Buenos Aires, 2011. Como resultado de este intercambio, nos hemos propuesto indagar aquellos desplazamientos conceptuales que posibilitaron la redefinición de la categoría de populismo a la luz de las transformaciones del panorama político latinoamericano, no sólo desde una perspectiva sincrónica, sino recuperando la historicidad de la configuración conceptual. Puntualmente, nos ocuparemos de bucear en la obra de Laclau, en cuya teoría el concepto de *populismo* asume un (precario) lugar de llegada desde el cual resulta posible pensar las nuevas tramas de la política latinoamericana.

Palabras clave:

Laclau, Latinoamérica, política, populismo, posmarxismo.

Abstract

This paper is the result of the researches “Image: Community of Meaning” (director: Felisa Santos) and “Discourse, Politics, Subject: Encounters Between Marxism, Psychoanalysis and Theories of Signification” (director: Sergio Caletti) of UBACyT Universidad de Buenos Aires, 2011. As a result of this exchange, we intend to investigate these conceptual shifts that enabled the redefinition of the category of populism in the light of the transformations of the Latin American political landscape, not only from a synchronic perspective, but recovering the historicity of the conceptual configuration. Specifically, we will dive in Laclau’s work, in which theory the concept of populism assumes one (precarious) place of arrival from which it is possible to think the new plots of Latin American politics.

Keywords:

Laclau, Latin America, politics, populism, post-Marxism.

Betina Guindi*

Ernesto Schtivelband**

Ricardo Terriles***

Recibido: 8 de mayo del 2012

Aprobado: 15 de junio del 2012

Cómo citar este artículo: Guindi, B., Schtivelband, E. y Terriles, R. (2012). Redefinición de la categoría de *populismo* en el escenario latinoamericano actual. Movimientos y bisagras en la trayectoria de Ernesto Laclau. *Rastros Rostros*, 14(28), 87-98.

1 Artículo de investigación derivado de los proyectos de investigación “Imagen: Comunidad de sentido” (directora: Felisa Santos) y “Discurso, Política, Sujeto: encuentros entre el marxismo, el psicoanálisis y las teorías de la significación” (director: Sergio Caletti) del UBACyT de la Universidad de Buenos Aires, 2011.

* Licenciada en Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Docente regular de Principales Corrientes del Pensamiento Contemporáneo (Cátedra Reigadas) en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Integrante del proyecto UBACyT “Imagen: Comunidad de sentido” (directora: Felisa Santos). Correo electrónico: betinaguindi@yahoo.com.ar

** Licenciado en Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente se encuentra redactando de su tesis de Maestría de Investigación en Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Docente regular de Comunicación III, Investigación en comunicación (Cátedra Gassmann) en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Integrante del proyecto UBACyT “Discurso, Política, Sujeto: encuentros entre el marxismo, el psicoanálisis y las teorías de la significación” (director: Sergio Caletti). Correo electrónico: eschtivel@yahoo.com.ar

*** Licenciado en Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Maestrando en Análisis del Discurso de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Docente regular de Comunicación III, Investigación en comunicación (Cátedra Gassmann) en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Integrante del proyecto UBACyT “Discurso, Política, Sujeto: encuentros entre el marxismo, el psicoanálisis y las teorías de la significación” (director: Sergio Caletti). Correo electrónico: rterriles@gmail.com

Introducción

En los últimos tiempos, ha cobrado vigor la reinstalación de la categoría de populismo en los debates políticos y académicos en torno al panorama latinoamericano actual. Dicha reinstalación encuentra sus motivos en la contundencia de una serie de acontecimientos políticos, cuyo eje está anclado en el resurgimiento de regímenes de tipo nacional-popular en algunos países de la región (Lesgart y Souroujon, 2008).

Estas transformaciones tuvieron repercusión en los distintos usos sociales que se fueron haciendo del término. Entre otros usos, este cobró relevancia en la circulación de cierto discurso periodístico defensor de una ortodoxia (neo)liberal que suele calificar como *populista* a todo proyecto político que apunte, con mayor o menor énfasis, a proponer estrategias de redistribución e inclusión social.

A modo de ejemplo, podemos mencionar una nota editorial del director de un diario argentino, Jorge Fontevecchia, quien señala que:

Es muy interesante releer a Germani y su distinción entre gobiernos si los apoyos vienen de la clase media o de la baja porque este cuarto peronismo kirchnerista, especialmente en su fase 2011, tiene el apoyo de la clase media y el movimiento obrero dejó de ser su única base de sustentación. [...] Fácilmente se puede sustituir obrero por desempleado, delegado por puntero, o plato de lentejas por subsidio y leer el texto de Germani en clave actual. (Perfil, 16/10/2011).

Fontevecchia pretende despegar su análisis —aunque con notoria endeblez argumentativa— de lo que podríamos denominar un sentido común carente de rigor conceptual apoyándose en la figura de Gino Germani, un intelectual ítalo-argentino que a mediados del siglo pasado analizó el fenómeno del peronismo empleando la categoría de populismo en clave de *demagogia*. Lo interesante es que, si bien Germani obtuvo gran reconocimiento en el ámbito

académico del momento, actualmente su interpretación es bastante discutida no sólo por parte de quienes se sitúan en una postura teórica radicalmente opuesta sino también incluso por quienes comparten su visión crítica respecto al populismo. Evidentemente, la cuestión del populismo despierta viejas querellas y construye otras nuevas a la hora de interpretar los fenómenos políticos de masas.

Haciendo énfasis en estas preocupaciones, la propuesta de estas páginas es indagar en aquellos desplazamientos conceptuales que posibilitaron la redefinición de la categoría de populismo a la luz de las transformaciones del panorama político latinoamericano.

Criterios metodológicos

En este trabajo damos cuenta del examen exhaustivo y crítico de la obra de Ernesto Laclau, el cual fundamenta nuestra reflexión. En ese sentido, nos ocuparemos de profundizar en la teoría del populismo desarrollada por Laclau, en cuya producción encontramos un interés sostenido por caracterizar el fenómeno populista desde un lugar bien distinto a la caracterización germaniana. El populismo no resulta para Laclau una teoría asociada a un tipo de movimiento o ideología, sino que es un modo de construcción política en el cual la práctica política misma se instituye como constitutiva del agente social:

Si este enfoque es correcto, podríamos decir que un movimiento no es populista porque en su política o en su ideología presente unos contenidos reales identificables como populistas, sino porque exhibe una particular lógica de articulación de esos contenidos, cualesquiera que sean (Laclau, 2005b, p. 26).

Para ello nos abocaremos, en primer lugar, a la inscripción de su producción en la interlocución con una extensa y controvertida historia de discusiones previas (Biglieri, 2008) —tales como las que hicieron eje en las teorías de la modernización— que sellaron a fuego la percepción que América Latina ha tenido

sobre el otro y sobre sí misma. Estas discusiones fueron en gran medida atravesadas por la revisión y puesta en crítica de sus andamiajes ontológicos y epistemológicos.

A continuación, y como aspecto central de este trabajo, avanzaremos en el despliegue de la obra y la trayectoria de Ernesto Laclau¹ asumiendo que, si bien el desarrollo de su trabajo a lo largo del tiempo se ha realizado desde perspectivas teóricas diferentes, existe, sin duda, una continuidad de problematización entre las primeras aproximaciones de orientación marxista y los trabajos, de mayor ambición teórica, de perspectiva posmarxista.

Desde nuestro punto de vista, este recorrido permite la reinscripción de los debates en torno al concepto de populismo no sólo en clave sincrónica sino recuperando la historicidad de la configuración conceptual,² lo cual supone admitir el carácter contingente y singular de toda formación conceptual (Palti, 2007a). En el caso del pensamiento de Laclau, el populismo es un concepto que se inscribe tanto en la malla de discusiones dentro del pensamiento latinoamericano como en el recorrido intelectual del propio autor.

América Latina y los debates en torno a la modernización. Sus implicancias en la categoría de populismo

Un rasgo recurrente de la cultura política del pensamiento latinoamericano tiene que ver con la relación que establece con la modernidad europea. Esta

autopercepción se instituye como contrapartida de lo que es la visión europea de América. La concepción progresiva, universal, teleológica y necesaria de la filosofía de la historia propia de la modernidad europea guarda para América un lugar de subalteridad, fuera o al final de la Historia.

La filosofía de la historia en países no europeos cobra la forma de una identidad defectiva en tanto es, como señala Reigadas, una operación compleja que consiste en el deseo de abandonar la identidad propia, en la voluntad de ser como otro:

Sin duda la palabra clave es modernización que, en un sentido amplio, se refiere al cambio social y abarca las transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales que suceden o deberían suceder en las naciones que aún no son modernas. Y en un sentido específico, a las teorías sociológicas del siglo XX, cuyas fuentes pueden ser encontradas en la sociología clásica de Tönnies a Parsons y en las teorías marxistas del imperialismo. Entre sus más relevantes contribuciones hay que mencionar la sociología de Apter y de Lerner, las teorías cepalianas del desarrollo y el trabajo de Gino Germani sobre las sociedades tradicionales y las sociedades modernas de masas. [...] Las teorías de la modernización entonces son exclusivamente para las naciones que aún no son modernas y que según esta ley universal tienen que resolver cómo acoplarse y alcanzar a las sociedades ya modernas (Reigadas, 2000, p. 3).

Si la idea de modernización en el siglo XIX es concebida desde un sentido primordialmente cultural, en el siglo XX Gino Germani va a realizar una teoría más formalizada cuyo anclaje va a estar en el desarrollo económico a partir de la caracterización del modelo dicotómico de tipos ideales:

Se describirán aquí los dos opuestos tipos ideales de la sociedad industrial o desarrollada y de la sociedad tradicional, preindustrial o no desarrollada en función de las modificaciones que se producen en tres principios básicos de la estructura social: el tipo de acción social, la actitud frente al cambio y el grado de especialización de las instituciones (Germani, 1962, p. 93).

¹ A nuestro juicio, cobra particular interés el hecho de que, aunque su mayor trayectoria intelectual se desarrolló en Inglaterra, este pensador argentino nunca dejó de pensar en los problemas latinoamericanos. Más aún, asume que en su militancia de juventud se encuentran las bases que permitieron el posterior desarrollo de sus principales categorías teóricas. Esta vinculación entre teoría y práctica se actualiza hoy más que nunca en la productividad que su concepción acerca del populismo posee a la hora de ensayar diagnósticos sobre el escenario latinoamericano actual, y en particular sobre el caso argentino.

² En su trabajo sobre la historia de los conceptos, Palti sostiene que "en un concepto se encuentran siempre sedimentados sentidos correspondientes a épocas y circunstancias de enunciación diversas, los que se ponen en juego en cada uno de sus usos efectivos (esto es, vuelve sincrónico lo diacrónico)" (2007b, p. 300).

Postulando esos tipos de sociedades, los funcionalistas se abocan a pensar la (necesaria) transición entre un tipo de sociedad y otra.

El historiador argentino Elías Palti hace énfasis en la crítica a dicha distinción, desmenuzando las dificultades epistemológicas y ontológicas que esta supone:

El esquema de los 'modelos' y las 'desviaciones' conduce, sin embargo, a una visión cerradamente dicotómica, que ve toda la historia político-intelectual local como una suerte de lucha eterna entre modernidad y tradición, la saga de un supuesto ideal moderno de gobierno en pugna permanente contra los obstáculos interpuestos por una realidad aferrada a su herencia tradicionalista colonial. Por debajo de esta perspectiva dicotómica subyace una concepción histórica de corte formalista y teleológica (2007b, p. 303).

Desde esta perspectiva, entonces, el populismo queda convertido en una suerte de *anomalía* en el proceso de modernización (necesario), desde el cual no es posible acceder a una sociedad *moderna*.

Resulta interesante advertir que ya en los trabajos tempranos de Ernesto Laclau —sobre los que volveremos más adelante— aparece una crítica a los planteos funcionalistas en sintonía con las observaciones de Palti. Laclau señalaba que el mismo Germani había reconocido que ciertos rasgos de modernización bien podían integrarse en una sociedad tradicional, lo cual ponía en evidencia la debilidad epistemológica de la modelización funcionalista. Frente a tal esquema, Laclau señala que

[...] si los elementos considerados aisladamente han perdido significación en sí mismos, su unificación en los paradigmas "sociedad tradicional" y "sociedad industrial" carece de sentido. Toda afirmación de que los elementos aislados tienen un *en sí* al margen de las estructuras, consistente en su inserción *esencial* como momento de un paradigma, es una afirmación metafísica totalmente ilegítima. [...] Consecuentemente, pierden también validez las concepciones de *modernización*,

de *asincronía* y, en general, todos aquellos que introducen en el análisis científico una perspectiva teleológica (Laclau, 1980, pp. 180-1).

La crítica al carácter metafísico de las teorías de la modernización es consecuente con una mirada que comienza a afianzarse hacia la segunda mitad del siglo XX, y que cuestiona los principios organizativos de la modernidad. Junto al agotamiento de la noción de progreso indefinido y de la filosofía de la historia que la sostenía, se ponen de manifiesto transformaciones en el orden de la producción subjetiva de la época. La emergencia de nuevos fenómenos como la fragmentación de las subjetividades, el abandono de la conceptualización de las identidades como plenas, las pretensiones de universalidad del sujeto, etc., desplaza a la categoría de sujeto moderno.

En lo que respecta a las implicancias epistemológicas, podríamos subrayar la ruptura con las concepciones esencialistas o fundacionalistas que propone el pensamiento contemporáneo (Derrida, Deleuze, Lyotard, Rorty, Habermas, entre otros).

La conceptualización de la categoría de populismo en buena medida tomó nota de estas reformulaciones de orden epistemológico. Así, si bien acordamos con Biglieri (2008) que en torno al concepto se distinguen dos grandes grupos de teorías, la primera de las cuales concibe al populismo como una amenaza para las instituciones de la democracia representativa, es preciso distinguir las posiciones funcionalistas de autores como Germani de planteos más recientes como los del politólogo argentino, recientemente fallecido, Guillermo O'Donnell. En su última etapa, O'Donnell (2007) intenta una superación de los tópicos respecto a las teorías de la democracia en América Latina perfiladas en los años ochenta por autores como De Ípola y Portantiero en las denominadas teorías de la transición

democrática.³ En su abordaje al problema de las democracias latinoamericanas, O'Donnell dirige la mirada a la cuestión del Estado: su definición anti-esencialista —una redefinición de la conceptualización weberiana—, su reactualización y las nuevas vinculaciones con la sociedad civil. Sin embargo, se detiene fundamentalmente en una descripción de lo que han sido distintas desviaciones del rol estatal: ineficiencia, abandono, etc., los límites que esto impone al sistema democrático y la relevancia del contrapeso que la madurez de la sociedad civil puede aportar a la cuestión. Desde este punto de vista, podríamos decir que este autor se inscribe en la línea que piensa al populismo como un régimen de peligrosidad autoritaria, pero no ya desde una teleología de tipo funcionalista.

Primeras producciones laclausianas. Tempranas huellas de la teoría populista

Si perspectivas como la de O'Donnell⁴ han prestado gran atención a la dimensión institucional del sistema político, podría decirse, *a contrario*, que los planteos teóricos de Laclau promueven una reflexión sobre las condiciones histórico-políticas de toda institucionalidad.

Aunque esta caracterización puede sonar más acorde con la producción más reciente de Laclau, entendemos que, más allá del hiato o ruptura entre sus posiciones marxistas y posmarxistas —sobre lo que volveremos más adelante—, algunas cuestiones han perdurado en su reflexión y han sido reelaboradas a lo largo de su obra. La cuestión del *populismo* es, en ese sentido, un ejemplo de esa perduración.

3 "Frente a una visión naturalista, sustancialista teleológica, optimista y finalmente autoritaria de la relación entre crisis y orden, queremos proponer otras miradas: la de una redefinición de la democracia como alternativa que puede ser propuesta desde el interior de la crisis social. [...] Como hipótesis de trabajo la democracia será, para nosotros, a la vez 'forma' y 'substancia', 'forma política' y 'substancia humana', articulación a construir entre cierto tipo de procedimiento y ciertos fines éticos, en una relación de mutua justificación" (Portantiero y De Ípola, 1984, p. 176).

4 De vasta repercusión en el horizonte de la "restauración democrática" que se vino dando en América Latina desde los años ochenta del siglo pasado.

Para situar la cuestión en la obra temprana de Laclau, conviene detenernos en algunos comentarios suyos acerca de su periodo más cercano al marxismo. En una entrevista televisiva realizada en 2009,⁵ Laclau sostiene que si bien en la historia interna del marxismo el siglo XX se empieza con la ilusión de un clasismo radical, poco a poco este debió ser abandonado, lo cual estuvo emparentado —como hemos visto— con la crisis de las filosofías de la historia.

Anclando la reflexión en su propia práctica política, Laclau recuerda que ya en los años sesenta se percibía que un análisis puramente clasista como el del marxismo clásico no era suficiente para comprender una realidad mucho más compleja. En ese sentido, la lectura de Althusser durante esos años tuvo una real fascinación para él. Particularmente, reconoce en el concepto de *sobredeterminación* la noción que le permitió comprender que la contradicción de clase no era pura sino que estaba sobredeterminada por una variedad de otros antagonismos, de modo que los sujetos políticos eran sujetos populares más complejos. Sin embargo, la influencia de Gramsci fue definitivamente la más importante, la que le dio el arsenal teórico inicial.

Los trabajos recopilados en *Política e ideología en la teoría marxista* (Laclau, 1980)⁶ dan cuenta de este estado de situación teórica. En ellos Laclau desarrolla una crítica contundente al reduccionismo de clase, para lo cual se vale, fundamentalmente, de la noción de *articulación*. Dicha noción apunta a cubrir la distancia entre los planteos teóricos más generales (y por ende más abstractos) de la teoría marxista, y la especificidad de los casos concretos. En ese sentido, pensar desde la perspectiva de la articulación supone considerar que en el terreno de las prácticas político-ideológicas no nos enfrentamos nunca con formas puras, sino que más bien

5 Se trata del último de los tres capítulos de la segunda temporada de "Grandes pensadores del siglo XX", programa emitido por un canal de televisión educativo perteneciente al Ministerio de Educación de la República Argentina (2011).

6 La primera edición inglesa es de 1977.

observamos configuraciones de elementos articulados en una coyuntura histórica sobredeterminada.

Desde esta perspectiva, Laclau complejiza el análisis de los antagonismos sociales y propone considerar que el antagonismo de clase que estructura el modo de producción capitalista está sobredeterminado por lo que llama *lucha popular-democrática*, forma de lucha en la que se enfrentan *pueblo* y bloque de poder. Esto supone validar la categoría de pueblo, lo que Laclau plantea en estos términos:

El “pueblo” es una determinación objetiva del sistema, que es diferente de la determinación de clase: el pueblo es uno de los dos polos de la contradicción dominante en una formación social, esto es, una contradicción cuya inteligibilidad depende del conjunto de las relaciones políticas e ideológicas de dominación y no sólo de las relaciones de producción. Si la contradicción de clase es la contradicción dominante al nivel abstracto del modo de producción, la contradicción pueblo/bloque de poder es la contradicción dominante al nivel de la formación social (Laclau, 1980, p. 122).

Si bien Laclau sostiene todavía que la lucha de clases tiene prioridad sobre la lucha popular-democrática —ya que esta última sólo se da articulada a proyectos de clase—, también advierte que la lucha política e ideológica de las clases, al darse en un terreno constituido por interpelaciones y contradicciones que no son de clase, sólo puede consistir “en proyectos articularios antagónicos de las interpelaciones y contradicciones no clasistas” (Laclau, 1980, p. 193). En ese sentido, Laclau presta atención a las *tradiciones populares*:

[...] las tradiciones populares no constituyen discursos coherentes y organizados, sino puramente elementos que sólo existen articulados a discursos de clase. Esto explica por qué las políticas más divergentes apelan a los mismos símbolos ideológicos. La figura de Tupac Amaru es evocada por diversos movimientos guerrilleros y por el presente gobierno militar peruano; los símbolos del nacionalismo chino fueron evocados a la vez por

Chiang Kai-shek y por Mao; los del nacionalismo alemán, por Hitler y por Thälman. Pero, aun constituyendo meros elementos, las tradiciones populares están lejos de ser arbitrarias y no pueden ser modificadas a voluntad. Son el precipitado de una experiencia histórica única e irreductible y, en cuanto tal, constituyen una estructura de significados más sólida y perdurable que la misma estructura social. Esta doble referencia al pueblo y a las clases constituye lo que podríamos denominar la *doble articulación del discurso político* (Laclau, 1980, p. 195).

Para Laclau, el *populismo* surge precisamente en ese campo ideológico constituido por la doble articulación del discurso político. Las interpelaciones popular-democráticas existen articuladas a discursos de clase, pero no pueden reducirse a discurso de clase:

Es precisamente porque el “pueblo” no logra nunca ser totalmente absorbido por ningún discurso de clase, porque el campo ideológico presenta siempre una cierta apertura y su estructuración no es nunca completa, por lo que la lucha de clases puede tener también lugar como lucha ideológica (Laclau, 1980, p. 229).

La lucha ideológica será, entonces, eminentemente una lucha por la hegemonía, entendiéndola —en un sentido cercano al de Gramsci— como el proceso de articulación de las interpelaciones populares al discurso de clase:

Las clases sólo existen como fuerza hegemónica en tanto logran articular las interpelaciones populares a su propio discurso. Para las clases dominantes esta articulación consiste, según vimos, en la neutralización del “pueblo”. Para las clases dominadas, en el desarrollo del antagonismo inherente al mismo. Las clases dominadas, para conquistar la hegemonía, deben precipitar la crisis del discurso ideológico dominante y reducir los principios articularios de este a vacías entelequias carentes de todo poder connotativo respecto a las interpelaciones populares. Para esto, deben desarrollar el antagonismo implícito en

estas hasta el punto en que el “pueblo” resulte totalmente inasimilable por cualquier fracción del bloque de poder (Laclau, 1980, pp. 229-30).

Ahora bien, Laclau señala que esta operación antagónica es una característica del populismo. De allí deducirá que “cuanto más radical sea su enfrentamiento con el sistema, menos posible le será a esa clase afirmar su hegemonía sin ‘populismo’” (Laclau, 1980, p. 230). A partir de ese planteo, se entiende y se abre camino otra concepción del populismo:

El populismo no es, en consecuencia, expresión del atraso ideológico de una clase dominada, sino, por el contrario, expresión del momento en que el poder articulador de esa clase se impone hegemónicamente sobre el resto de la sociedad. Este es el primer movimiento en la dialéctica entre “pueblo” y clases: *las clases no pueden afirmar su hegemonía sin articular al pueblo a su discurso, y la forma específica de esta articulación, en el caso de una clase que para afirmar su hegemonía debe enfrentarse al bloque de poder en su conjunto, será el populismo* (Laclau, 1980, p. 203, itálicas en el original).

Movimientos y bisagras en el pensamiento de Laclau. Nuevos lenguajes para los nuevos problemas

En el prefacio a la segunda edición en español de *Hegemonía y estrategia socialista*, Laclau y Mouffe justifican la validez de su intervención en contraste con las limitaciones de la teorización marxista:

[...] en la mitad de los años sesenta, la teorización marxista había llegado, claramente a un punto muerto. Después de un periodo excepcionalmente rico y creativo en los años sesenta [...] los límites de esa expansión comenzaban a ser claramente visibles (2010 [1985], p. 8).

Así, los autores plantean que para el momento de gestación de su libro se advertía “un hiato creciente entre las realidades del capitalismo contemporáneo

y lo que el marxismo podía legítimamente subsumir bajo sus propias categorías” (2010 [1985], p. 8).

Ahora bien, ¿en qué consiste ese *hiato*? Laclau aclara en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (2000 [1990]) que las categorías del marxismo habían perdido su potencial heurístico para explicar y entender las realidades del capitalismo contemporáneo, al igual que la capacidad para predecir y dirigir la praxis humana. Se trataba, entonces, de “hacer compatibles las transformaciones producidas en la realidad histórica con los esquemas que permitan pensarlas”.⁷ Será esa necesidad de adecuación la que va a generar la transición del marxismo al posmarxismo. Recordando un planteo de Althusser sobre el vínculo entre ciencia y filosofía, Laclau y Mouffe afirman que: “Todo cambio sustancial en el contenido óptico de un campo de investigación conduce también a un nuevo paradigma ontológico” (2010 [1985], p. 10). En consecuencia, se postula que hay que deconstruir las categorías centrales de la teoría marxista, constituidas en el marco de los paradigmas que gobernaron el campo de su discursividad: el hegeliano en primer lugar y el naturalista más tarde.

En este punto, si nos permitimos la extrapolación de los supuestos esbozados por Palti para la nueva historia intelectual, podríamos afirmar que las vicisitudes del marxismo no permanecieron ajenas al andamiaje conceptual del propio Laclau. Así, comienza a hacerse evidente la construcción de un nuevo lenguaje político que daría cuenta de una suerte de crisis en el campo semántico anterior. Sin embargo, este pasaje no debe ser leído en clave de puntos de ruptura absolutos sino en la detección de conceptos *bisagra*, capaces de describir la hibridación de problemáticas, el tránsito de un lenguaje a otro y el trabajo de innovación de sentido que se

7 Casi no resulta necesario mencionar que las reformulaciones de estos autores se inscriben en cierto aire de época que supone la revisión de supuestos que habían operado con cierta productividad hasta algunas décadas antes. En ese sentido, podríamos decir que el giro lingüístico, la deconstrucción derrideana o el psicoanálisis lacaniano van a estar presentes en distintos pensamientos contemporáneos.

produce en ese pasaje. Esto se hace asumiendo que toda sucesión de distintos lenguajes políticos no está determinado apriorísticamente, sino que resulta una expresión de la radical contingencia propia de la historicidad. En *Hegemonía y estrategia socialista* Laclau y Mouffe enfrentan la tarea de constituir teóricamente el concepto de hegemonía, y esta tarea supone un campo teórico dominado por la categoría de *articulación*. De este modo, la articulación aparece como concepto bisagra que pone en relación los trabajos tempranos de Laclau con su obra más reconocida.

Laclau y Mouffe especifican que la construcción de la categoría de articulación requiere dos pasos: “fundar la posibilidad de especificar los elementos que entran en la relación articuladora y determinar la especificidad del momento relacional en que la articulación como tal consiste” (2010 [1985], p. 133). ¿Qué condición deben tener esos elementos para que una relación de articulación resulte posible? En el artículo *Posmarxismo sin pedido de disculpas* los autores establecerán una distinción entre el *ser* de los objetos y su mera *existencia*: “los objetos nunca se dan como meras ‘existencias’ sino siempre articulados dentro de totalidades discursivas” (2000, p. 123). Cabe destacar que no conciben ese carácter relacional como exclusivo de las identidades lingüísticas sino que —trascendiendo la distinción entre lo lingüístico y lo extralingüístico— lo postulan para todas las estructuras significativas, incluyendo las estructuras sociales. Así, el campo de las relaciones sociales es comprendido —a partir de la perspectiva abierta por Saussure— como un espacio discursivo, es decir, un sistema de diferencias en el que las identidades lingüísticas son puramente relacionales y la totalidad de la lengua está implicada en cada acto individual de significación.

Señalemos aquí que si “la lógica relacional y diferencial de la totalidad discursiva se impusiera sin limitación alguna” (Laclau y Mouffe, 2010 [1985], p. 150), la articulación sería imposible. Bastará mostrar

—como lo ha hecho el posestructuralismo— la imposibilidad lógica de constituir un sistema cerrado, para que una identidad (vale decir, el *ser*, no la *existencia* de los objetos) resulte inestable. Esto es lo que permite rechazar la existencia de una esencia fija en las cosas y, por lo tanto, afirmar el carácter contingente de toda entidad cuya esencia no implica necesariamente su existencia:

Toda práctica social es, por tanto, en una de sus dimensiones, articuladora, ya que al no ser el momento interno de una totalidad autodefinida, no puede ser puramente la expresión de algo adquirido —no puede, en consecuencia, ser íntegramente subsumida bajo el principio de repetición— sino que consiste siempre en la construcción de nuevas diferencias (2010 [1985], p. 154).

Se ve así cómo el modelo de realidad que proponen Laclau y Mouffe se opone radicalmente al del naturalismo: “Los hombres construyen socialmente su mundo, y es a través de esta construcción —siempre precaria e incompleta— que ellos dan a las cosas su ser” (2000, p. 124).

Esto ya permite ver sobre qué terreno ontológico podría llevarse a cabo tal construcción. Como indica Yannis Stavrakakis en su comentario sobre la obra de Laclau (Stavrakakis, 2010), su enfoque no se agota en un construccionismo destinado simplemente a exponer la condición discursiva de la objetividad social, sino que apunta a demostrar que ninguna construcción humana puede establecerse de manera definitiva, que siempre hay algo que frustra cualquier intento de alcanzar un orden social perfectamente instituido. Esta *frustración constitutiva* es abordada por Laclau y Mouffe en referencia a los *límites del discurso*, a los que asocian con la idea de *la imposibilidad de lo social*. Estos límites constituyen la condición de posibilidad de un sistema significativo, pero también la condición de su imposibilidad: “no pueden ser ellos mismos significados, sino que tienen que mostrarse a sí mismos como *interrupción* o *quiebra* del proceso de significación”

(Laclau, 1996, p. 71). Esto supone que hay un punto en el que toda objetividad encuentra su límite absoluto: una exterioridad radical que es requerida para la constitución del sistema, pero que, a la vez, cumple esa función planteando una amenaza que niega a todas las diferencias interiores a ese sistema. Esta subversión del sistema por sus límites hace a todas esas diferencias equivalentes entre sí, de modo que

[...] *anulan toda positividad del objeto y dan una existencia real a la negatividad en cuanto tal*. Esta imposibilidad de lo real —la negatividad— ha logrado una forma de presencia. Es porque lo social está penetrado por la negatividad —es decir, por el antagonismo— que no logra el estatus de la transparencia, de la presencia plena, y que la objetividad de sus identidades es permanentemente subvertida (Laclau y Mouffe, 2010 [1985], p. 172).

Si la negatividad y la objetividad coexisten solamente a través de su subversión recíproca, nunca se logran las condiciones de una equivalencia total ni las de una objetividad diferencial total. De esta manera, Laclau y Mouffe están en condiciones de formular el terreno en el cual la relación hegemónica resulta posible:

El campo general de emergencia de la hegemonía es el de las prácticas articuladoras, es decir, un campo en el que los ‘elementos’ no han cristalizado en “momentos”. [...] Es porque la hegemonía supone el carácter incompleto y abierto de lo social, que sólo puede constituirse en un campo dominado por prácticas articuladoras (Laclau y Mouffe, 2010 [1985], pp. 177-178).

Resurgimiento del concepto de populismo

Hasta aquí hemos procurado subrayar la preeminencia de las categorías de articulación y hegemonía en la obra de Laclau. En las siguientes líneas nos ocuparemos de desentrañar cómo la concepción de populismo resulta una expresión de la construcción/articulación de una *voluntad colectiva*.

Para Laclau

[...] la de populismo es una categoría ontológica y no óptica, es decir, que su significado no ha de encontrarse en ningún contenido político o ideológico procedente de la descripción de las prácticas de algún grupo particular, sino en un particular *modo de articulación* de cualesquiera contenidos sociales, políticos o ideológicos (2005b, p. 27).

Esta definición alcanza dos de las cuestiones que hemos abordado hasta el momento. En primer lugar, podríamos decir que asumir al populismo en un sentido ontológico (es decir, como una lógica formal) echa por tierra definitivamente cualquier intento de asignarle un contenido determinado (óptico) y, por ende, de concebirlo como una desviación o anomalía al estilo funcionalista —o en sus otras versiones—.

Así, y en segundo lugar, lo que queda en evidencia es la dominancia de la categoría de articulación en la construcción política. En ese sentido convendría preguntarse en qué consiste ese *particular* modo de articulación que define al populismo.

En sus trabajos recientes, Laclau comienza el análisis postulando “una asimetría entre la comunidad como un todo (‘sociedad’) y cualquier actor social que opere en su interior. [Esto significa que] no hay ningún agente social cuya voluntad coincida con el funcionamiento real de la sociedad concebida como una totalidad” (2005b, p. 27). Si bien se abandona cualquier intento de plenitud contenida en la noción de un todo social completamente autodeterminado —lo cual supone asimismo la imposibilidad de saldar la brecha entre voluntad política y espacio comunitario—, “el intento de construir ese puente es lo que define la articulación específicamente política de las identidades sociales” (2005b, p. 28). Ahora bien, no debemos pasar por alto que para Laclau esta afirmación se sostiene en la suposición de que las prácticas políticas son, en definitiva, constitutivas de los agentes sociales, lo cual implica una inversión

de las miradas de la teoría política clásica en lo que respecta a la relación entre lo político y lo social.

Para avanzar sobre el funcionamiento de las prácticas políticas, Laclau analiza las diferentes lógicas sociales de su articulación. En todos los casos va a tomar la categoría de demanda como unidad de análisis entendida como una reivindicación que no es autosatisfecha sino que “tiene que ser dirigida hacia una instancia diferente de aquella desde la cual fuera originalmente formulada” (2005b, p. 29). A partir de esta definición, distingue las lógicas que operan cuando las demandas son resueltas —satisfechas o no— en una forma no antagónica, administrativa, a las cuales denomina lógicas de la diferencia. En este caso, las peticiones o demandas no llegan a constituir ningún abismo o frontera al interior de lo social. Por el contrario, los actores sociales están aceptando la legitimidad de cada una de sus instancias.

Como contrapartida, Laclau habla de aquellas lógicas que operan de manera inversa, es decir que en todas las demandas, pese a su carácter diferencial, al no ser satisfechas diferencialmente tienden a sumarse formando una cadena equivalencial. A esta la denomina lógica de la equivalencia, y es la que define al populismo y la distingue de otro tipo de prácticas políticas. De este modo, dentro de las dimensiones definitorias del populismo podemos señalar: 1) la existencia de un conjunto de demandas heterogéneas que no pueden ser integradas dentro del sistema institucional vigente; 2) como los vínculos entre estas demandas no son diferenciales, sólo pueden ser equivalenciales, y hay un aire de familia entre ellas, porque todas tienen el mismo enemigo: la institucionalidad existente; 3) esta cadena de equivalencias alcanza su punto de cristalización sólo en torno a ciertas figuras (líderes) o símbolos que funcionan como significante vacío; 4) con el fin de desempeñar ese rol, esa figura debe ser reducida a su nombre (Laclau, 2005a). En definitiva, este proceso por el cual una demanda particular llega

a representar una cadena equivalencial inconmensurable consigo misma es lo que Laclau denomina hegemonía.

Hallazgos

En virtud de lo expuesto hasta aquí podemos afirmar que para Laclau el problema de describir al populismo como existiendo “en los márgenes de los regímenes institucionales, oscilando entre la denuncia de los sistemas como tales o limitando la demanda sólo a aquellos que ocupan los espacios de poder” (2005a, p. 221) consiste en dar por sentado que existe un sistema de reglas bien establecidas en todo momento. Asimismo, para Laclau es preciso tener en cuenta lo que llama la doble faz del populismo: 1) el populismo se presenta a sí mismo como subversivo del estado de cosas existente; 2) es el punto de partida de una reconstrucción más o menos radical de un nuevo orden una vez que el anterior se ha debilitado. Es decir, el sistema institucional debe estar fracturado para que la convocatoria populista resulte efectiva; cierto grado de crisis de la antigua estructura es necesaria como precondition del populismo, ya que las identidades populares requieren cadenas de demandas insatisfechas.

En lo que respecta a la construcción de la subjetividad política, cabe afirmar que en tanto las lógicas de la diferencia operan de acuerdo con un modelo institucionalizado, habilitan un sujeto concebido como particularidad diferencial, denominado *sujeto democrático*. En cambio, Laclau guarda la nominación de *sujeto popular* al que es constituido sobre la base de la agregación equivalencial de una pluralidad de demandas democráticas, el cual, de algún modo, resulta expresión de una *voluntad colectiva*. En este último caso, el punto en cuestión consiste en que “una situación en la cual coexisten una pluralidad de demandas insatisfechas y una creciente incapacidad del sistema institucional para absorberlas diferencialmente, crea las condiciones que conducen a una ruptura populista” (2005b,

p. 32). Esta situación marca indefectiblemente una frontera interna que divide lo social en dos campos antagónicos: el campo del poder y el *pueblo* o campo popular. En definitiva, el populismo se constituye a partir de la presencia de prácticas político-discursivas que constituyen esa subjetividad popular.

Conclusiones

En el mencionado libro *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Elías Palti (2007a) propone un trabajo de revisión del siglo XIX, partiendo de la premisa de que su relevancia radica en que es un *momento de refundación e incertidumbre, en que todo estaba por hacerse y nada era cierto y estable*, lo cual supone, por un lado, el quiebre de ideas e instituciones tradicionales y la redefinición de las categorías políticas fundamentales —tales como representación y soberanía—, pero también, por sobre todo, un momento de emergencia de la política en sentido fuerte: *el tiempo de la política*. En vinculación con ello, podríamos asumir que la contundencia de los procesos sociopolíticos que afronta América Latina actualmente da señales de un nuevo horizonte de la política. Como indican los numerosos diagnósticos que han surgido en los últimos tiempos, tanto en publicaciones académicas como en innumerables intervenciones políticas y periodísticas, asistimos a una reactualización de algunos aspectos propios de la política. Esto se evidencia en la constitución de una esfera pública en la que se vuelve a ver una mayor participación e involucramiento de la ciudadanía en la formulación de demandas vinculadas con los asuntos de la vida en común.

Más allá del carácter más o menos celebratorio de estas lecturas, podríamos interrogarnos, una vez más, acerca del lenguaje político que nos permite comprender este retorno de la dimensión política en las relaciones sociales: ¿cómo podemos asegurarnos de que la reaparición de la conflictividad social y la visibilidad de actores sociales que hasta hace poco habían sido excluidos o se habían autoexcluido de la

escena pública indiquen el comienzo de una nueva etapa en la que asomen auténticas demandas políticas, o que lo que actualmente está sucediendo en América Latina signifique un abandono definitivo de la matriz cultural impuesta por el neoliberalismo?

Creemos más bien que es necesario reformular estos interrogantes, porque no existe marco teórico que nos pueda asegurar el abandono definitivo de cierta matriz o la consagración absoluta de alguna otra. Como lo hemos visto en el desarrollo del pensamiento de Laclau, y tal como lo hemos afirmado en distintas partes de este trabajo, lo que está a nuestro alcance, en todo caso, es poner a revisión los conceptos que nos permitan interpretar los cambios que se vienen produciendo, pero asumiendo con Palti la radical contingencia y precariedad de todo andamiaje conceptual (2007a); de ningún modo nos permite describir un estado de cosas definitivo. Insistimos en la propuesta de estar atentos —eventualmente— a la necesidad de procurarnos nuevas constelaciones conceptuales.

En ese sentido, es importante asumir que la reactualización de fenómenos de tipo populistas en la coyuntura actual se inscribe en novedosas redes discursivas, establece viejos y nuevos diálogos con otras lógicas políticas y asume la especificidad de su tiempo y espacio. Sin lugar a dudas, el fenómeno populista en la Latinoamérica actual tiene como interlocutor privilegiado al neoliberalismo.

Tal como lo hemos visto en el análisis de la teoría de Ernesto Laclau, el populismo aparece como una categoría capaz de ayudar a pensar la actualidad latinoamericana pero, probablemente, carezca de toda productividad hablar en términos abstractos de *populismo* sin más. En este sentido, por ejemplo, cabría mencionar lo sostenido por el propio Laclau en la entrevista televisiva a la que hicieramos referencia líneas arriba cuando afirma que ciertos rasgos en algunas zonas de América Latina hoy evidencian que populismo y democracia liberal comienzan a abandonar su tradicional posición antitética. El *populismo*

de Laclau es, de algún modo, un (precario) lugar de llegada desde el cual resulta posible pensar las nuevas tramas de la política latinoamericana.

Referencias

- Biglieri, P. (2008). Nueva conceptualización sobre populismo en América Latina. En A. Fernández, y C. Lesgart (comp.), *La emergencia del kirchnerismo en, La democracia en América Latina* (pp. 63-97). Rosario: Homo Sapiens.
- Fontevicchia, J. (2011) Clase media K. En *Perfil*. Recuperado de <http://www.perfil.com/politica/-20111016-0001.html>
- Germani, G. (1962). *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós.
- Grandes pensadores del siglo xx. (2011). Canal Encuentro, Ministerio de Educación, Argentina. Recuperado de <http://argentinolibre.blogspot.com/2011/06/laclauentrevista-completa.html>
- Laclau, E. (1980). *Política e ideología en la teoría marxista*. México: Siglo XXI.
- Laclau, E. (1996). *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.
- Laclau, E. (2000 [1990]). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Laclau, E. (2005a). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2005b). Populismo: ¿Qué hay en el nombre? En L. Arfuch (comp.), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias* (pp. 23-46). Buenos Aires: Paidós.
- Laclau, E y Mouffe, Ch. (2010 [1985]). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lesgart, C. y Souroujon, G. (2008). Democracia, política y conflicto. Apuntes teórico-políticos sobre el cambio de clima político cultural de la última década. En A. Fernández, y C. Lesgart (comp.), *La democracia en América latina* (pp. 31-62). Rosario: Homo Sapiens.
- O'Donnell, G. (2007). *Disonancias. Críticas democráticas a la democracia*. Prometeo: Buenos Aires.
- Palti, E. (2007a). *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Palti, E. (2007b). La nueva historia intelectual y sus repercusiones en América Latina. *História Unisinos*, 11(3), 297-305.
- Portantiero, J.C. y De Ípola, E. (1984). Crisis social y pacto democrático. *Punto de Vista*, 21.
- Reigadas, M.C. (2000). Modernización e identidad en el pensamiento argentino contemporáneo. *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales*, 22.
- Stavrakakis, Y. (2010). *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*. Buenos Aires: FCE.